

# **El Peromín**

• 10 • céntimos

Premio extraordinario y Medalla de oro en el Congreso Nacional Catequístico de Zaragoza.

AÑO III

Revista para los jóvenes.

MADRID

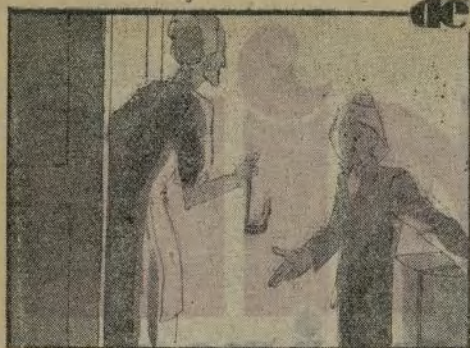
NUM. 102

## **GRACIOSÍSIMAS AVENTURAS DE MOSQUITO y MOSCARDÓN**





## de los apeninos a los andes



CONTINUACIÓN



a un sacerdote, y pronto encontró la iglesia y la casa. Llamó a la campanilla con mano temblorosa, y se apretó la otra contra el pecho para sostener los latidos de su corazón, que se le quería subir a la garganta. Una vieja fué a abrir con una luz en la mano. «¿A quién buscas», preguntó aquella en español. «Al ingeniero Mequínez», dijo Marcos. La vieja, despechada, respondió meneando la cabeza: «¿También tú ahora preguntas por el ingeniero Mequínez? Me parece que ya es tiempo de que esto concluya. Ya hace tres meses que nos importunan con lo mismo. No basta que lo hayamos dicho en los periódicos. ¿Será me-

nester anunciar en las esquinas que el señor Mequínez se ha ido a vivir a Tucumán?» El chico hizo un movimiento de desesperación. Después dijo en una explosión de rabia: «Me persigue, pues, una maldición! Yo me moriré en medio de las calles sin encontrar a mi madre. ¡Yo me vuelvo loco! ¡Me mato! ¡Dios mío! ¿Cómo se llama ese país? ¿Dónde está? ¿A qué distancia?» «Pobre niño!», respondió la vieja, compadecida. «Una friolera! Estará cuatrocientas o quinientas leguas, por lo menos.» El muchacho se cubrió la cara con las manos; después preguntó sollozando: «Y ahora... ¿qué hago?» «¿Qué quieres que te diga,

hijo mío?, respondió la mujer. Yo no sé.» Pero de pronto se le ocurrió una idea, y la soltó en seguida. «Oye, ahora que me acuerdo. Haz una cosa. Volviendo a la derecha, por la calle encontrarás, a la tercera puerta, un patio; allí vive un capataz, un comerciante, que parte mañana para Tucumán con sus carretas y sus bueyes; ve a ver si te quiere llevar, ofreciéndole tus servicios: te dejará, quizá, un sitio en el carro; anda en seguida.» El muchacho cargó con su cofre; dió las gracias a escape, y al cabo de dos minutos se encontró en un ancho patio, alumbrado por linternas, donde varios hombres trabajaban en cargar



sacos de trigo sobre algunos grandes carros, semejantes a casetas de titiriteros, con la cubierta redonda y las ruedas altísimas. Un hombre alto, con bigote, envuelto en una especie de capa con cuadros blancos y negros, con dos anchos borceguíes, dirigía la faena. El muchacho se acercó a él y le expuso tímidamente su pretensión, diciéndole que venía de Italia y que iba a buscar a su madre. El capataz, o sea el conductor de aquel convoy de carros, le echó una ojeada de pies a cabeza, y le dijo secamente: «No tengo colocación para ti.» «Tengo quince pesetas», replicó el chico suplicante; se las doy. Trabajaré por el camino. Iré a

buscar agua y pienso para las bestias; haré todos los servicios. Un poco de pan me basta. Déjeme ir, señor.» El capataz volvió a mirarlo, y respondió con mejor aire: «No hay sitio; y además, no vamos a Tucumán; vamos a otra ciudad, a Santiago. Te tendríamos que dejar en el camino, y tendrías que andar todavía buen trecho a pie.» «Ah! ¡Yo andaría el doble!, exclamó Marcos; no lo dude usted; llegaré de todas maneras; déjeme un sitio, señor, por caridad; por caridad; no me deje aquí solo!» «Mira que es un viaje de veinte días!» «No importa!» «Es un viaje muy penoso!» «Todo lo sufriré.» «Tendrás que viajar

solo!» «No tengo miedo a nada. Con tal que encuentre a mi madre... ¡Tenga usted compasión!» El capataz le acercó a la cara una linterna y lo miró. Después dijo: «Está bien.» El muchacho le besó las manos. «Esta noche dormirás en un carro, añadió el capataz, dejándolo; mañana, a las cuatro, te despertaré. Buenas noches.» Por la mañana, a las cuatro, a la luz de las estrellas, la larga fila de los carros se puso en movimiento con gran ruido; cada carro iba tirado por seis bueyes. Seguía a todos un gran número de animales para mudar los tiros. El muchacho, despierto y metido dentro de uno de los carros, con su bagaje, se



durmió bien pronto profundamente. Cuando se despertó el convoy estaba detenido en un lugar solitario, bajo el sol, y todos los hombres, los peones, estaban sentados en círculo alrededor de un cuarto de ternera, que se asaba al aire libre, clavado en una especie de espadón plantado en tierra, al lado de un gran fuego, agitado por el viento. Comieron todos juntos; durmieron, y después volvieron a emprender la jornada, y así continuó el viaje regulado, como una marcha militar. Todas las mañanas se ponían en camino a las cinco; paraban a las nueve; volvían a andar a las cinco de la

tarde, y paraban de nuevo a las diez. Los peones iban a caballo y excitaban a los bueyes con palos largos. El muchacho encendía el fuego para el asado, daba de comer a las bestias, limpiaba los faroles y llevaba el agua para beber. El país pasaba delante de él como una visión fantástica; vastos bosques de pequeños árboles oscuros; aldeas de pocas casas, dispersas, con las fachadas cojas y almenadas; vastísimos espacios, quizá antiguos lechos de grandes lagos salados, blanqueados por la sal, hasta donde alcanzaba la vista; y por todas partes, y siempre llanura, soledad, silencio. Rarísima

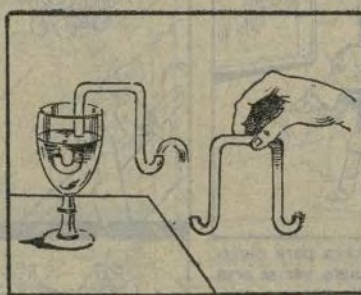
vez encontraban dos o tres viajeros a caballo, seguidos de unos cuantos caballos sueltos, que pasaban a galope, como una exhalación. Los días eran todos iguales, como en el mar, sombríos e interminables. Pero el tiempo estaba hermoso. Los peones, como el muchacho se había hecho un servidor obligado, se hacían de día en día más exigentes; algunos lo trataban brutalmente, con amenazas; todos se hacían servir de él sin consideración; le hacían llevar cargas enormes de forrajes; lo mandaban por agua a grandes distancias, y él, extenuado por la fatiga, no podía ni aun dormir de noche,





### LOS HIJOS DEBEN SACRIFICAR SUS GUSTOS EN HONOR DE SUS PADRES

En una de las oficinas sucursales del Monte de Piedad de París hallábase cierto día sentada en un banco, y aguardando turno, una niña de pocos años, que tenía un objeto envuelto en un pañuelo. Llegado su turno, acudió a la rejilla y puso en el mostrador un paquete. Abriólo el empleado y encontró... una muñeca. «¿Qué quieres, niña, que haga con esto?», le dijo. «Papá está malo, respondió la niña con viveza, y mamá llora porque no tiene dinero, y yo vengo a que me dé usted algo, dejándole aquí empeñada mi muñeca. El empleado reflexionó un instante, entró en la pieza inmediata donde se hacían las tasaciones, y volvió algunos momentos después con la muñeca en una mano y un duro en la otra, dando ambas cosas a la inocente criatura, en cuyo semblante brilló un rayo de inefable alegría. Dos ejemplos en uno ofrécenos este suceso: el delicadísimo ejemplo del corazón sencillez de la inocente niña y el ejemplo cristiano del pobre empleado que le socorrió, lleno de ternura y humedecidos los ojos.



### JUEGOS DE NIÑOS

En este juego toman parte cuatro niños pequeños y cuatro mayores. Se realiza así: En el suelo se traza un círculo y dentro de éste cuatro radios. Los niños pequeños se tienden, boca arriba, sobre los radios, teniendo todos unidos los pies en el punto céntrico o eje. Los niños mayores se ponen de pie a la cabeza de los niños pequeños. Hecho esto, los niños pequeños levantan los brazos y los mayores les cogen de las manos, levantándolos de forma que sólo los talones de los pies toquen en el suelo, y empiezan a dar vueltas, cada vez más de prisa, imitando a una rueda que gira. Si los mayores se cansan, sin que los pequeños hayan separado sus pies, pierden; pero si éstos deshacen la cruz que forman antes de que se cansen los mayores, ellos pierden. Este juego, que es muy entretenido, debe realizarse en suelo blando, que tenga arena o hierba. Los mayores nunca soltarán de pronto a los pequeños, pues podrían hacerse daño.

### RECREOS CIENTÍFICOS

Como el empleo del sifón es muy útil en muchas ocasiones, seguiremos ocupándonos de él en varios números de JEROMÍN. Una vez que acaba de salir por el sifón el líquido de una vasija, el sifón queda vacío y para volverle a utilizar hay que llenarlo de nuevo. Para evitarse este trabajo, pueden construirse sifones que no se descaben, esto es, que no se vacíen. ¿Cómo? Pues haciéndolos de cañas iguales y doblando hacia arriba sus extremos, tal como se indica en el dibujo. Un sifón, así construido, puede trasladarse de una a otra vasija, sin que haya que cebarla con tal de que al trasladarla se lleve en posición vertical. En un sifón de plomo, es fácil doblar los extremos; en uno de cristal hay que hacerlo a fuego, cosa algo dificultosa; pero, como veremos otro día, hay recursos para mantenerlo lleno, sin necesidad de doblar los extremos.

### ESPAÑA MONUMENTAL, ARTISTICA Y REGIONAL



1.º Castillo de Manzanares el Real.—2.º El Divino Salvador, de Juanes, Museo del Prado.—3.º Barcelona: Escudo y tipo regional.





**Cascarilla ★ PANCHY Y FARINA ★ Maravillosa Historia de Jeromin ★ MIKI, MICI Y MIAU ★ Repollo**



—A ver si hoy me entretienes al niño sin hacer alguna de las trastadas que acostumbras, mientras yo arreglo la casa.



—¿Qué quieres que haga para divertirte, monín? —Pues quiero ver si eres capaz de saltar a la calle por esa ventana.



—Eso no tiene dificultad ninguna. Mira, y Cascarilla saltó con la limpieza y ligereza de un gamo. El chico quedó admirado.



Pero en aquel momento el amo se detiene con su bicicleta debajo de la ventana, y Cascarilla, como veis, cayó en blando.



Esta vez logró también divertir al chico, que, asomado a la ventana, celebraba a carcajadas los mojicones que su papá le regalaba.



—¡SOCORRO, SOCORRO, ELEFANTE, QUE NOS ESTRELLAMOS!



—¡SOCORROOUI! ¡NO TENGAIS MIEDO QUE VAYA A CAER EN BLANDO!



—¡BRES UN HEROE!



—¡SI ESTAS COMO LAS PATADAS!



—¡PLAF!



—JEROMIN dijo Luisita—, vamos a limpiar los cristales del invernadero, porque están muy sucios; pero, como algunos están altos, necesitamos un taburete. —Voy por el —dijo JEROMIN— y salió corriendo mientras Luisita seguía efanesa



de antemano la gracia: pero en aquel momento Luisita tiró el cubo que limpiaba, el cual fue a dar en las narices de «Colilla», que, sorprendido, alzó un pie, dando con él al taburete que traía JEROMIN y el taburete chocó, a su vez, en las



montera a Luisita. «Colilla» perdió terreno y fue a dar con la cabeza dentro del cubo, lavándose así la cara, que tenía negra de dos meses. El forzoso aseo no le sentó bien, y al ver que su amigo había sido el culpable, quiso aplicarle, a su vez, el mis-



mo tratamiento higiénico. El «Mantecón», que vio el asunto mal parado, puso tierra por medio, perseguido por el furioso «Colilla», mientras JEROMIN y Luisita celebraban a carcajadas el divertido episodio.



—¿LA DOY BIEN?



—¡SOCORRO, SOCORRO, ELEFANTE, QUE NOS ESTRELLAMOS!



—¡SOCORROOUI! ¡NO TENGAIS MIEDO QUE VAYA A CAER EN BLANDO!



—¡BRES UN HEROE!



—¡SI ESTAS COMO LAS PATADAS!



—¡PLAF!



—Voy a practicar el tiro al blanco, para ganar las mil pesetas que otorgan al campeón del próximo concurso.



—Voy a practicar el tiro al blanco, para ganar las mil pesetas que otorgan al campeón del próximo concurso.



—Voy a practicar el tiro al blanco, para ganar las mil pesetas que otorgan al campeón del próximo concurso.



—Voy a practicar el tiro al blanco, para ganar las mil pesetas que otorgan al campeón del próximo concurso.



—Voy a practicar el tiro al blanco, para ganar las mil pesetas que otorgan al campeón del próximo concurso.



—Voy a practicar el tiro al blanco, para ganar las mil pesetas que otorgan al campeón del próximo concurso.



—Voy a practicar el tiro al blanco, para ganar las mil pesetas que otorgan al campeón del próximo concurso.



—Voy a practicar el tiro al blanco, para ganar las mil pesetas que otorgan al campeón del próximo concurso.



—Voy a practicar el tiro al blanco, para ganar las mil pesetas que otorgan al campeón del próximo concurso.



—Voy a practicar el tiro al blanco, para ganar las mil pesetas que otorgan al campeón del próximo concurso.





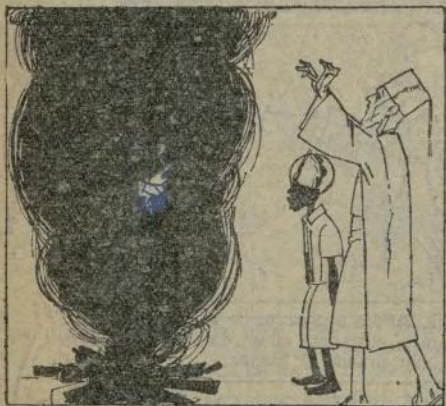


# Cuentos fantásticos

## HISTORIA DE ALADINO O LA LAMPARA MARAVILLOSA

(Continuación.)

Salieron los dos por un paraje poblado de magníficos árboles y entraron en un hermoso jardín donde había un estanque, en cuyo borde se sentaron a descansar un momento y a comer unas frutas y unos pasteles que traía el mágico. Después siguieron su excursión, admirando las bellezas del paisaje hasta que llegaron cerca de unas altas y escarpadas rocas. Aladino, cansado de tan largo paseo, preguntó con cierta inquietud: «¿A dónde vamos, querido tío? Yo no tengo fuerzas para andar más y estoy cansado, que creo no voy a poder regresar a casa.» «¡Animo, joven sobrino, eso no es nada para tus años! Vamos a ver un jardín que es de lo más hermoso que puedas ver en tu vida. Cuando estés dentro de él, darás por bien empleadas todas las fatigas que te costó el llegar. Prosiguieron su paseo hasta que llegaron a un paraje situado entre dos montañas de mediana altura. «Quedémonos aquí—dijo entonces el mago—; ahora verás tan extraordinarias maravillas como no ha visto mortal alguno. Vete reuniendo por ahí leña y hojas secas en tanto que yo enciendo fuego con el eslabón y el pedernal.» Trajo Aladino la maza que encontró, la puso donde se le or-



denaba y el africano pegó fuego al montón de combustible, arrojó en las llamas un perfume que produjo muy espeso humo y empezó a pronunciar sobre la hoguera unas palabras mágicas. Ante el poder del conjuro se estremeció la tierra y se abrió, dejando al descubierto una losa de pie y medio cuadrado con una grande argolla de bronce en el centro. Aladino, lleno de pavor, quiso emprender la fuga; pero el mágico le dió tan tremenda bofetada que le llenó la boca de sangre. El pobre muchacho dijo, temblando: «¿Qué os hice yo para que me castigáis con tanta crueldad?» «Tengo mis razones para obrar así—repuso el supuesto tío—; además me debes obedecer porque ocupó el lugar de tu padre. No llores—continuó dulcificando la voz—, ya ves cuánta es la virtud de mi perfume. Debajo de esa piedra existe un inmenso tesoro que te hará más rico que todos los monarcas de la tierra; pero nadie más que tú puede levantar la losa y penetrar dentro; ni yo mismo lo puedo hacer; por lo tanto, es preciso que ejecutes lo que te voy a decir. Acércate aquí, pasa la mano por la argolla y levanta la piedra.» «Pero, querido tío, yo no tengo fuerza para ello; es necesario que me ayudéis.» «Si yo interviniese no lograríamos nada. Tienes que hacerlo tú solo; pronuncia el nombre de tu padre y el de tu abuelo y tira de la piedra.» Hizo Aladino lo que se le ordenaba y alzó la piedra con gran facilidad, dejando al descubierto una cueva poco honda, una puerta muy pequeña

algunos escalones para ir más abajo. «Ahora—continuó el mago—fíjate bien, hijo mío, en lo que te digo y observa con exactitud. Cuando llegues al último peldaño encontrarás una puerta abierta que te conducirá a un gran salón, dividido en tres departamentos; a los lados verás cuatro jarrones de bronce llenos de oro y plata, no los toques siquiera y sigue adelante. Antes de entrar en la primera sala procura ceñirte bien la ropa para no rozar con ella ningún objeto, ni aun las paredes, pues de lo contrario morirás instantáneamente. Atraviesa las tres salas y al último encontrarás un hermoso jardín con preciosos árboles cargados de frutos, sigue por un camino que te conducirá a una escalera de cincuenta escalones, sube a la azotea y cuando llegues allá encontrarás un nicho donde hay una lámpara ardiendo; apágala, tira la torcida y el líquido y apodérate de ella, guárdala en el seno y tráemela en seguida. A la vuelta puedes tomar los frutos que más te apetezcan de los árboles que hay en el jardín. Y para preservarte de todo mal pon esta sortija en uno de tus dedos.

Colocó Aladino la sortija, empezó a bajar a la cueva y se metió por ella adentro haciendo todo cuanto el mágico le había indicado. Dueño de la lámpara, volvió al jardín, dispuesto a recoger alguna fruta. Había allí muchos árboles, todos cargados con frutos de diferentes colores; los había blancos, que eran peras; transparentes, que eran brillantes; verdes, esmeraldas; encarnados, rubíes; azules, turquesas; morados, amatistas, y amarillos, que eran topacios. Aladino hubiera preferido uvas, manzanas o naranjas, porque desconocía el valor de las piedras preciosas; mas como le entusiasmaba el color de aquellos cristales, recogió todos los que pudo, y, cargado de ellos, se presentó a la entrada de la cueva, donde le esperaba el mágico.

(Continuará.)



Iba un perro por la orilla de un río con un pedazo de carne entre los dientes, cuando vió su propia imagen reflejada en las aguas como en un espejo. Creyendo que era otro perro con un trozo de carne más grande que el suyo, quiso cogerlo; y al abrir la boca se le cayó al agua el suyo, quedándose sin nada.

«Vale más lo poco, si está seguro, que lo mucho, si es dudoso; ni nunca se han de codiciar los bienes de los demás, porque debemos contentarnos con los nuestros.»

Ayuntamiento de Madrid



ver Dora FE y NOTA D  
voción sin Cra ou A leg  
yp Cn RA. Duda D  
LO LO que ponen tris Ty se  
m U E tran A y tra  
i 2 hacer creer que  
son virtu la con 100  
cia lim y pura ¿que  
ha D: tar tris ? tris  
D ra en: T T, : hija  
del Edmient o.

## SOLUCIONES A LA CARTA ANTERIOR

El hombre, amiguitos míos, debe poner toda diligencia y rectitud en sus empresas; pero sabiendo que el éxito final de ellas depende de Dios; y Dios, poniendo nosotros lo que esté de nuestra parte, siempre hará que resulten bien para nuestro provecho, aunque nos parezca, a veces, lo contrario.



Sigue el entusiasmo entre los jeroministas por la Cruzada en pro del buen hablar. Esto es una modalidad del amor a España, porque siendo la pureza del lenguaje uno de los signos más elocuentes de cultura, civilización y buen gusto, trabajar por lograr una pureza en el noble y hermoso habla español es trabajar por la honra y buen nombre de nuestra gloriosa patria. Convendría que todo jerominista llevase una libreta donde fuese apuntando todas las correcciones que fuere haciendo de palabras que antes pronunciase mal y todas las advertencias que sobre lo mismo haga a sus amigos. Podrían hacer algo más y esto con la cooperación de sus maestros, que estoy seguro se prestarían gustosos a ello: todas las semanas, por ejemplo los sábados, podrían los jeroministas celebrar una especie de concurso entre ellos para ver quién se había corregido de más defectos en el lenguaje, durante la semana, o había corregido a otros. El que saliera triunfante llevaría, hasta ser vencido por otro, un distintivo especial, que sería como el título de campeón de la Cruzada en pro del buen hablar. ¡Qué cosa más fácil y qué maravillosos resultados daría! Animo, pues, y a ello.

## ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

—¿Qué diría un sastre si el día que se establece se le prendiera fuego el taller y se le quemara, entre otras prendas, un frac?

(La solución en el próximo número.)

## SOLUCION DEL NUMERO ANTERIOR

Par-lamento.



## CASTILLA LA NUEVA



(Continuación.)

aventuras; pero no contaron con la huésped, que en aquella ocasión fué un platero, al que propusieron el cambio de unos doblones y la venta de una cadena de oro. El platero los denunció, y los dos muchachos—Lope tenía catorce años y Muñoz era de su misma edad—cayeron en manos de la justicia, la cual los devolvió a Madrid a sus padres, sin que los aventureros hubieran podido visitar más que la Bañeza y Astorga.

Algunos biógrafos dicen, y él mismo lo da a entender en una de sus comedias, que al año siguiente, o sea a los quince años, Lope se hallaba en las islas Terceras, archipiélago de las Azores, militando bajo las banderas de España; pero esta anécdota no tiene más fundamento que algunas palabras algo oscuras del gran dramaturgo, y puede reputarse errónea, tanto más cuanto aquel mismo año Lope de Vega era paje familiar de don Jerónimo Manrique, obispo de Avila, a quien había dedicado varias composiciones pastoriles.

Bajo los auspicios de ese prelado, Lope entró en la Universidad de Alcalá de Henares, donde cursó cuatro años Filosofía, hasta graduarse de Bachiller.

Terminados sus estudios, el ya notabilísimo poeta volvió a Madrid a los veinte años de edad, para servir de secretario al duque de Alba, nieto del famoso general que durante el reinado de Felipe II tanto se distinguió en los Países Bajos.

Disfrutó con el duque de gran fervor y prianza, y por complacerle compuso *La Arcadia*, enigma misterioso, poema admirable en el que, bajo las humildes apariciones de pastores, el poeta pone en escena los más elevados personajes de su tiempo.

Dos años más tarde, en 1584, contrajo matrimonio con doña Isabel de Ampuero Urbina y Cortinas, hija de un rey de armas de Su Majestad y de una parienta de la madre de Cervantes; pero la paz de este matrimonio fué muy corta, tanto por la infidelidad del gran poeta como por su carácter pendenciero.

A un hidalgo, ofendido quizá gravemente en su honor, o tal vez sólo satirizado en los versos del poeta, en desquite de la crítica acerba que aquel hiciera de las producciones de Lope, desafióle éste, y, verificado el duelo, el hidalgo resultó herido de gravedad. El duelo, entonces como ahora, y como lo será siempre, estaba condenado por la Iglesia y penado por las leyes, que no se burlaban como hoy en tales casos, y Lope de Vega dió con sus huesos en la cárcel, de la que logró escapar, gracias a la ayuda que le prestó un amigo suyo, llamado Claudio Conde, y refugiarse en Valencia, en donde vivió desterrado dos años, hasta 1587, en que se le permitió volver a Madrid.

No escarmentado ni arrepentido, Lope continuó en la Corte su vida pecaminosa de amores ilícitos y zahiriendo a sus semejantes, y de nuevo fué procesado por ciertas sátiras contra unos autores cómicos; pero la muerte prematura de su esposa, ocurrida en 1588, y la de su hija Teodora, antes de que cumpliera ésta un año de edad, cambiaron los rumbos del poeta, que buscó en la guerra un consuelo a su dolor,

(Continuación.)



### CHISTE

Dos taberneros contemplan desde la playa el mar y dice uno:  
—¿Qué ocurriría si todo ese agua se convirtiera en vino?  
—No lo sé—contesta el otro—. Aserra el pensar el agua que se necesitaría para aguarlo.

Juan Bautista.—Santa Olalla.

### PARECIDO

—¿En qué se parece una cajetilla de cincuenta céntimos a los dedos del rey?  
—Pues en que son de... dos reales.

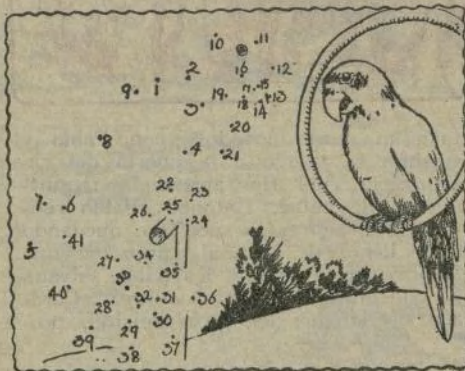
Volusiano Yubero.—Aguilafuerte.

### CHISTE

—Cuál es el marisco que tiene un hijo en la iglesia?  
—El pulpo, porque tiene un pulpito.

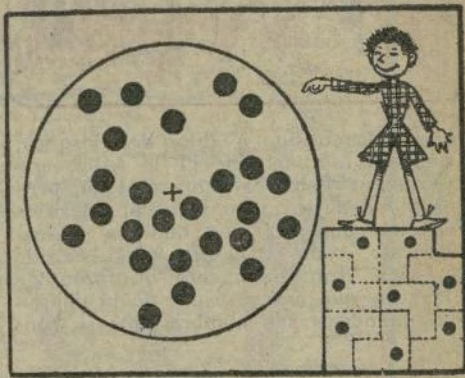
Juan José Postigo.—Cantimpalos.

### ROMPECABEZAS



### ROMPECABEZAS

1.º Unid los puntos del 1 al 41 y veréis lo que contempla el loro.



2.º Dentro del círculo trazar otro de forma que pase por seis de los puntos.

(La solución en el próximo número.)

**JEROMIN**, la revista para jóvenes más artística, amena e instructiva.

Con censura eclesiástica.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un ejemplar, 5,20 pesetas al año.

Por paquetes de cinco ejemplares en adelante, a razón de ocho céntimos ejemplar.—Número suelto, 10 céntimos. — Pagos adelantados.

Dirección y Administración: Calle Mayor, número 92, pral. izquierda. Madrid.

Teléfono 18.491.





Pablo era hijo de un cazador de la pradera, y llevado de su espíritu aventurero solía hacer largas correrías por la pampa, que a veces duraban días, y de esta forma se iba acostumbrando a la arriesgada profesión, que, por ley natural, heredaría de su padre. Cierta día se disponía a hacer fuego en las in-



mediaciones de un río para preparar su frugal comida, cuando distinguió una embarcación tripulada por una joven piel roja, que estaba a punto de zozobrar. Sin pararse a pensarlo, subió de un salto a su caballo y se lanzó con él al agua, para tratar de salvar a la jovencita. Segundos después llegaba a



donde aquélla se encontraba ya a punto de sucumbir, pues en aquel lugar era muy violenta la corriente, y asíéndola de la cintura la puso sobre su montura, la que, volviendo grupas, volvió a ganar la orilla. La pobre muchacha estaba tiritando de frío, por lo cual Pablo, compadecido de su situa-



ción, decidió conducirla a su casa, que no se hallaba muy distante de aquel paraje, y allí haría reaccionar con un buen fuego, para que pudiera regresar a su tribu completamente restablecida. Mientras tanto, los pieles rojas, que no miraban con buenos ojos al padre de Pablo por ser un «rostro pálido», ha-



bían cercado su morada y estaban decididos a apoderarse de sus moradores para sacrificarlos al «Gran Espíritu», pues hacía tiempo que no se veían las manadas de búfalos que habitaban aquellos parajes, y esto lo atribuían los pieles rojas al maléfico influjo del «rostro pálido». Cuando ya estaban a



punto de forzar la entrada llegó Pablo a todo el correr de su caballo, llevando a la grupa a «Flor del Bosque», pues así se llamaba la jovencita, quedando altamente sorprendido ante el espectáculo de su casa rodeada de los feroces pieles rojas. Estos salieron a su encuentro armados de hachas, pues al ver



que traía consigo a «Flor del Bosque», que era hija del jefe de la tribu, creyeron que Pablo la había raptado, pero pronto depusieron su furor al referirles aquélla, una vez que hubieron descabalgado, cómo Pablo la había salvado la vida. Inmediatamente «Corazón de Hiena», que era el padre de la chiquilla, mandó a sus hombres que se con-



tuvieran, y destacándose con Pablo y su hija se acercó a la puerta del cazador, la cual fué abierta a requerimiento de aquél. Entonces Pablo refirió a sus padres lo sucedido, quedando éstos llenos de gozo al comprobar que la bravura de su hijo les había salvado de una muerte segura. A su vez, «Corazón de Hiena» les juró amistad, pro-



metiéndoles que los defendería siempre que le llamasen, y poco después los indios levantaban el cerco, emprendiendo la retirada y llevando consigo a «Flor del Bosque», no sin que antes ésta prometiera hacer frecuentes visitas a su salvador.

FIN

#### HISTORIA DE UN MOZALBETE APELLIDADO «CHURRETE» (Continuación.)



Churrete ató el trozo de carne al hilo y éste a un extremo de la caña y, como si fuese a jugar al «higü» se fué



en dirección al tigre, con gran espanto de los negritos, que veían ya a su rey en la panza de la fiera. Esta, extrañada



del «fenómeno» que se le acercaba, lo miraba fijamente, sin saber qué hacer. ¡La tragedia se mascaba! (Continuará.)